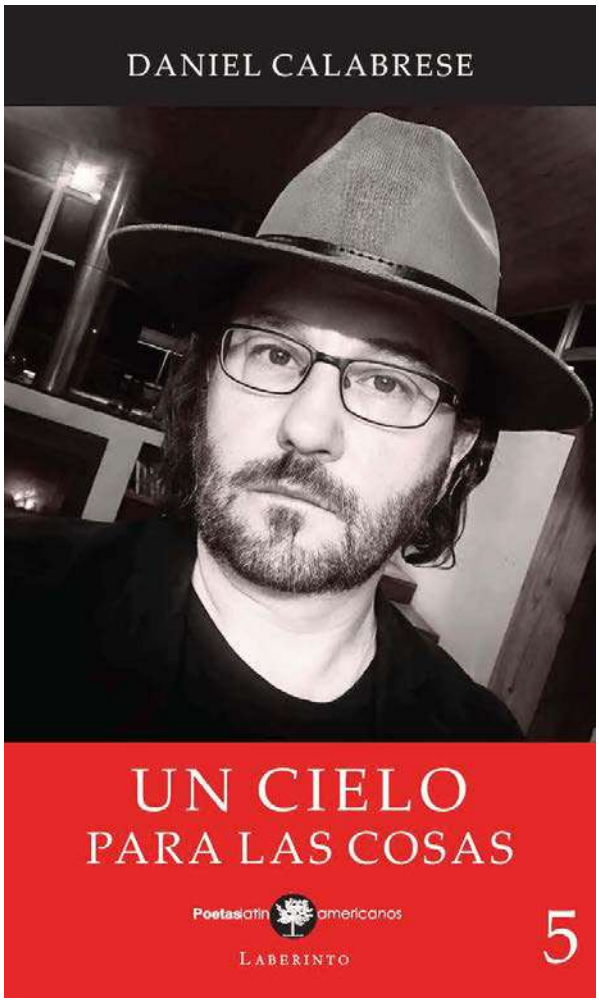
ISSN 2452-6088

WD 40

Revista de poesía, ensayo y crítica

Nº 10

Valparaíso, invierno 2025



Poética de lo natural

Un cielo para las cosas
(Laberinto, 2023)
de Daniel Calabrese

Por Daniela Pinto Meza

La escritura de Daniel Calabrese (Dolores, 1962) es una gaviota planeando sobre el mar. Allá, no tan alto, no tan cerca, pero lo suficientemente visible como para distinguirla de otras aves. Ese instante en el que las alas no se mueven. Solo existen. Están allí recordándonos la circularidad de su vuelo. ¿Punto de origen? El trazo que asemeja la partida.

Un cielo para las cosas es una antología poética dividida en tres partes: "Una piedra colgando de las nubes", "Ese monstruoso amor", y "Por este exacto lugar". El último verso de cada apartado abre el título del siguiente, semejando el giro del huso que utilizan las hilanderas en su trabajo. La obra fue publicada por Ediciones Laberinto (CDMX) en 2023. Su recepción se traduce en reseñas, comentarios y entrevistas publicadas en distintos medios nacionales y extranjeros. Siendo una antología comprende distintos escritos que, como nos advierte el editor, pertenecen a los libros "*Ruta Dos*, *Oxidario*, *Escritura en un ladrillo*, *Futura ceniza*, *Compás* de espera, *El buscador de agua*, *Ave nocturna* y *Otro viaje al centro de la Tierra*, estos tres últimos inéditos. Su organización no cronológica propone que los poemas incluidos se resignifiquen". Y esto es cierto, porque en su lectura dejamos de imaginar las obras por separado, y nos abrimos al diálogo que propone el texto. Ya no somos meros espectadores de las manos que hilan la fibra. Ahora, somos el hilo rojo que gira eterno alrededor de la madera. Ahora bien, la dificultad de reseñar una antología es el tiempo. Aunque también es la oportunidad del nuevo sentido. Porque ¿cuántas escrituras experimenta una vida? Su vida. ¿Cuántas gaviotas se pueden observar a lo largo de una existencia? o en el caso de la poesía de Calabrese: ¿cuántos materiales, cuántos minerales, cuántos perros vagabundos guarda su memoria? La respuesta: escarbar en el tránsito del estoico.

Sabemos que la vivencia es el vehículo que moviliza gestos y acciones. Por lo mismo, hay marcas de su historia en los poemarios escogidos en *Un cielo para las cosas*. Marcas que nos entregan un significado particular al momento de iniciar la lectura. En una entrevista realizada por Óscar Saavedra para *El Ciudadano*, el poeta sostiene que llegó a la poesía por:

> Un desacuerdo vital con la realidad y la necesidad de cambiarla. Lo intenté militando en frentes de izquierda al final de los años oscuros en Argentina, con la música, con el teatro, hasta que descubrí que el universo es de naturaleza mental, como sostiene la tradición hermética, y que la poesía era el arte que podía transformarlo.

Y lo hizo. Transformó experiencias en poemas. Música en imágenes del silencio y la espera. Para Marisa Martínez-Pérsico, la escritura de Calabrese, particularmente en *Compás de espera* (2022): "[...] es el fotograma de un relato mayor, con imágenes en blanco, negro, gris y rojo. Construido con escenas oníricas memorables, este libro ensaya la combinación de series semánticas, una del ámbito bélico y otra ligada al paisaje patagónico, recreando una atmósfera extraña, hecha de horror y belleza a la vez". Podría seguir esculpiendo una existencia mediante frases ajenas, pero, claramente, no es posible en estas breves páginas reproducir décadas de vida. No obstante, en estos párrafos advertimos que las decisiones y las formas del recuerdo del autor argentino nos invitan a reconocer una voz poética que, como sostiene Raúl Zurita:

> [...] inscriben una nueva forma de tristeza, como si quisieran recordarnos que, contra todo, siempre fue posible el amor. Es esa locura del mundo, que pudo haber sido exactamente su contrario, la que se hace presente en este libro, porque la falta y el yerro son tan monstruosamente enormes que de ellos ni siquiera son responsables las llamadas acciones humanas, nuestros actos concretos, sino un agente externo, algo del todo innombrable que por ahora y para nosotros ha tomado el nombre de estos poemas.

Mineral / Material

Los griegos hablaban de los ciclos naturales. Calabrese también: "Todo era redondo: el horizonte / no aparecía. / Y tuve que emerger después de muchos años. / Las cosas siguen igual pero nadie me reconoce / Es muy grato caminar al sol / después de estar metido en el agua tanto tiempo". Esta idea de Ορφική ζωή, vivir bajo los preceptos del orfismo, se nutre de una tradición aún más antigua que la existencia de los presocráticos. Heráclito era orfista, por lo que su visión sobre las cosas resultaba, en ciertos aspectos, muy diferente a los propuestos por los escritos teogónicos. Por cierto que en *Un cielo para las cosas* las imágenes sobre la circularidad y los contrarios están muy presentes, al igual que el tránsito y la vida, lo que sumado a sus afirmaciones en ciertas entrevistas, nos permiten inferir que no solo conoce la filosofía natural del período filosófico del pensador griego, sino que abraza algunas de las enseñanzas propuestas por la *filosofía hermética,* quizás en los *Asclepius* y el *Corpus Hermeticum* (100-300 d. C.). En el poema, "El ahogado", la idea de ese río heracletiano que muta la materia y fluye, se entrega a la permanencia de los restos que susurran su latencia bajo la corriente, como ocurre con la doctrina del *cosmos*:

> El único río que llevo en la memoria
> es un estremecimiento
> donde las pequeñas cosas se hunden
> aunque nunca llegan a desaparecer.
> A veces,
> se hunden antes de que pase el río.
> Y su pedido de auxilio
> siempre
> llega tarde (Calabrese)

Porque lo importante no es *en sí* el río que aparece en una gran cantidad de poemas, sino el juego de la presencia, de los silencios, como una profundidad que resguarda y escoge, en sus propios tiempos, lo que se quiere recordar u olvidar. Es difícil no detenerse en la sentencia que dijera *El Oscuro* en las *Doctrinas filosóficas* (1935): "[...] los contrarios se ponen de acuerdo, de sonidos diversos resulta la más bella armonía". Así, en los poemas "Método para calcular el tiempo", "Allá a lo lejos", "El regresador" y "Comparaciones", las metáforas sobre el tiempo, el cauce y el círculo vuelven a tatuar su sello en la poética de Calabrese. No obstante, estos son solo puntos, registros de lectura como casos aislados en una sucesión de textos cuyo cenit es la apropiación de una cotidianidad marcada por la transformación y los opuestos. Quizás una πολυμαθία poética: "Aparecemos siempre desde la luz / como los mudos que se expresan con la sombra", o "soy

un cuerpo de agua / secándose lentamente / sobre este lecho de piedras". Es en este *pólemos* natural donde encontramos formas de lo mineral/material. Ambos presentes en la naturaleza, diferentes en sus estructuras, pero con etimología similar (*minerale* /*materialis*). El cotidiano que atraviesa la escritura de Daniel Calabrese se construye a través de este *Otro viaje al centro de la Tierra*. El mineral es el cuerpo que aparece melancólico, a veces asustado y fuerte. El material permite la sustancia, la acción contenida, la puesta en escena de la poesía: "o siempre he buscado tesoros / atento al mensaje, al olor de madera / que traen los vientos". En "El primer Déjà Vu" se percibe soledad, espera y tristeza. Un horizonte inalcanzable de recuerdos donde árbol, madera, miel y, por supuesto, caballos y hombres se antojan elementos del silencio: "Un caballo de miel / y dos riendas duras / Qué. ¿No viste la muerte / cómo cabalgaba? / Un caballo de madera / y un árbol partido vagando / por tierras inútiles". Ante la conciencia del *yo*, en tanto subjetivación, el mineral permite su encarnación y su posicionamiento. El mineral, por tanto, es la urdimbre que configura, que construye y vitaliza. Óxidos, sulfatos, y haluros esperan la formación de las rocas y el suelo húmedo de las napas subterráneas. Formas de la alquimia:

> Murió de pared y musgo, de cal
> y de luces apagadas
> como cigarros en una calle.
> [...]
> Murió de mármol, de arena,
> porque los cielos pesan y van dejando
> las cosas lentas y más tercas
> en la idea que tenemos contra el tiempo.
> Son pocas las piedras que dejan
> pasar la luz.

En *Un cielo para las cosas*, la noción περὶ φύσεως marca su escritura. Tristeza, añoranza, rabia, desilusión, inmensidades y esperanza son el *pathos* de la estética de Daniel Calabrese: "Entonces los ríos, el idioma / de la tierra cuando le habla al mar / empezaron a correr por nuestras venas / Eran ríos circulares y rojos / como las fronteras de dos países". Porque leer su trabajo es tener la certeza de que una vida se *está viviendo*, lo que implica su paradoja: *acontecer*, en tanto inmanencia del tiempo, es el alejamiento de lo absoluto. Y no solo eso, sino comprender que para formar esta misma vida es necesario transitar por situaciones límites y vivenciar una cosmovisión. Cuando Jorge Boccanera en el prólogo del libro afirma que es "[...] el hecho de naturalizar los elementos disonantes mediante una trama dialogada, con una holgura de imágenes visuales, lo que dota a la poesía de Calabrese de las marcas que identifican sus búsquedas", ha marcado las líneas de una escritura presente.

Último registro de lectura: lo cotidiano

En el artículo "Perros y literatura: condición humana y condición animal" (2014) escrito por Bernardo Subercaseaux, el autor explora las representaciones literarias e históricas que se han realizado sobre la imagen del can en distintas obras. Sostiene que "en la mitología grecolatina el perro Cerberos, conocido como Can Cerberos, fue representado como un monstruo de tres cabezas al cuidado de las puertas del inframundo". Con el transcurso de los siglos, esta imagen demoníaca mutó y la figura del perro se ha transformado en metáfora de lealtad, amor, e incluso felicidad. Sin embargo, en la poesía de Daniel Calabrese el perro representa lo cotidiano, el afuera, esa extraña libertad del vagabundo que no se reconoce en la pertenencia y que hace que el otro se piense *diferente*: "El olor del perro mojado por la lluvia / El olor a sopa en la casa del herrero. / El olor y el peso de la ropa húmeda. / El olor a pasto recién cortado. / El olor a kerosén del Bram Metal". No hay abstracción. El perro no solo persigue su cola, sino que nos recuerda la fragilidad, la soledad lo persigue, pero también el deambular entre cuerpos ajenos que permiten la ilusión de la compañía: "Me detuve y existo hoy / como existen los perros / que no pueden calcular su amor".

¿Será acaso que la gaviota no es sino una modesta comparación de la realidad que encierra el infortunio canino? Al leer poemas como "Tierra menguante", "El humedal, "Allá en lo alto" o "La carrera", percibimos un principio elemental: la no contradicción. Si el mundo material / mineral del poeta son las formas del *pathos*, el perro es el modo de la existencia. Cada palabra como una mirada continua al destino perruno:

> Ando al sol, oigo al perro de la casa.
> Sueño debajo de la vieja noche
> con el ruido del agua lamida por el perro.
> El chapoteo se interrumpe con el paso de un tren
> y luego continúa:
> slap, slap,
> el perro, la sed,
> un reloj aplaudiendo en el silencio.

Por lo mismo, no es el animal de la compañía, el que se calienta en el fuego mientras observa el mundo disonante. Me detengo en la otra imagen, el *otro* perro, el callejero, el del mundo, de los ladridos. Ladridos que asemejan gritos o esa habla oculta que no lograron conocer los estoicos como "Golpes de luz en el agua, en la piedra / Golpes a la belleza de Dios y los perros violentos / como en esas increíbles noches griegas". wd